

algo que decimos hoy en día. Sobre todo se subraya la exigencia de asumir la especificidad de los contextos histórico-sociales. A las recetas preceptivas se opone el desarrollo de la investigación concreta. Esto implica, en primer lugar, superar cualquier residuo de concepción lineal de la historia humana. Una vez más esto significa retomar el camino intuido por Mariátegui. *“Este es un país antiguo”*, nos recuerda Tito. Pero, justamente como en Mariátegui, tradición no se identifica con tradicionalismo. *“Es necesario redescubrir las tradiciones más lejanas, pero para encontrarlas hay que pensar desde el futuro”*. Recordar la obra y la personalidad de Alberto Flores Galindo significa sobre todo cumplir con las tareas que nos indica en su mensaje de vida y esperanza.

Viva el socialismo

Gonzalo Portocarrero

Vivimos en un cambio de época, de redifinición de creencias y valores. Para situarnos en ella es necesario extraer todas las consecuencias de los hechos que vivimos. En la base del cambio está el colapso del stalinismo. Hecho patentizado en la caída del muro de Berlín. Podemos decir ahora que los socialismos reales, fueron regímenes en lo económico ineficientes y estáticos y en lo político elitistas y corruptos. Su mérito principal –eliminar la pobreza absoluta– fue muy insuficiente, sobre todo para sociedades con un alto nivel de industrialización como las de Europa Oriental. La experiencia demuestra que la planificación, la propiedad estatal y el partido único no funcionan, producen sociedades pobres y opresivas. No obstante ese socialismo era el referente concreto de nuestros ideales. No faltaban las críticas pero esos regímenes representaban lo más cercano a nuestras aspiraciones. Todo esto ha cambiado y hoy estos regímenes son plenamente indefendibles.

Ser de izquierda ya no puede implicar identificarse con estos modelos. Tampoco, desde luego, con las políticas que los implementan. Estatizar o planificar, aumentar salarios o subsidiar ali-

mentos no son necesariamente políticas de izquierda. La crisis de referentes es profunda y es necesario entonces repensar la oposición izquierda-derecha. Después de la caída del muro de Berlín. Pero si ser de izquierda ya no es estar a favor de un modelo social definido ni tampoco de políticas redistributivas de eficacia de corto plazo, entonces: qué significa ser de izquierda? Se me ocurre que la única respuesta atinada es la de suscribir ciertos valores y, sobre todo, desear una vida plena que implique el desarrollo multilateral de nuestras individualidades. El socialismo ha quedado reducido a lo que fue en su inicio: un horizonte ético, un compromiso con valores como la libertad, la igualdad, la fraternidad y el aspirar a la realización de nuestro potencial humano. La autenticidad.

El discurso de izquierda está agotado. Incentivar la lucha de clases, desestabilizar al sistema tenía sentido en el supuesto de la existencia de un orden social mejor llamado a sustituir al capitalismo. Eliminado este supuesto las políticas consecuentes carecen de base. Claro que siempre es posible que la voluntad de poder de los pocos instigue al resentimiento de los muchos para producir sea un frágil populismo demagógico a lo Alan García o un más estable neo-stalinismo a lo Fidel Castro. No obstante las elecciones recientes en nuestro país, el triunfo de esa suerte de liberalismo popular que representa Fujimori, hacen ver que el pueblo peruano no ha sido extraño a los cambios mundiales. O no ve alternativa en los planteamientos de izquierda o, en todo caso, rechaza la propuesta que ve. Si la izquierda no acepta la crisis y la incertidumbre, si prefiere atrincherarse en las viejas seguridades está condenada a convertirse en una fuerza marginal. Podrá mantener vigencia a nivel de la reivindicación económica pero ya no como alternativa política. Al menos mientras no renueve radicalmente su propuesta. No se si los dirigentes de izquierda están realmente interesados en esa renovación. Más tentador y sencillo es el inmovilismo. Actuar a nombre del pueblo. Usarlo como ariete para abrir un forado en la ciudad de los privilegios. Una vez dentro de ella negociar con la representatividad que se dice poseer para permanecer allí, confortablemente. La situación pone a prueba nuestra integridad moral.

No es tanto que el capitalismo haya triunfado cuanto que el socialismo real no ha funcionado. Las economías desarrolladas crecen ahora menos que en los 60s. Tampoco ha aumentado la participación política. La gente no lo pasa tan bien. Pero aún así

esta situación contrasta favorablemente con lo que ocurre con los socialismos reales. Sea como fuere estamos presenciando la instalación de una época "gris". Dominada por una configuración valorativa vieja y nueva al mismo tiempo: individualismo-materialismo-pragmatismo. Aversión a la trascendencia, culto del límite, celebración de la mediocridad. En los países pobres Dios es el dinero y la salvación el surgimiento. En los desarrollados la vida espiritual también se empobrece. Y aunque quieran o pretendan contentarse muchos se desesperan. Piden más a la vida mientras que los nuevos ideólogos, los intérpretes de la época, pontifican con que esto es todo: no hay nada que esperar y ya acabó la historia. Sobre la insatisfacción genérica, sobre los deseos sin nombre, debemos trabajar los socialistas. El combate a la resignación, la ilusión de la posibilidad.

El liberalismo les dice a los individuos que la función de la sociedad se agota en proveerlos, a cambio de sus esfuerzos, de un conjunto suficiente de bienes materiales. La felicidad, la realización, es un asunto privado y la sociedad no tiene mucho que decir sobre el punto. Es como si el liberalismo acompañara al individuo hasta la puerta de su casa para luego, allí, abandonarlo. Si tiene reconocimiento y dinero se supone que tiene que ser feliz. Y si no lo es, pobre de él. Un problema psicológico pero no social. Si cruzado el umbral de su casa este buen hombre liberal, próspero, esforzado y razonable, se droga o se desespera en su soledad, eso ya no es asunto público. Es un caso que compete a especialistas. No es gratuito entonces que las épocas de triunfo del liberalismo sean también las de rescamiento espiritual. Los sujetos están programados y poco importa su especificidad. Lo objetivo y lo material es lo único que interesa. Pero tampoco es azar que en estos periodos resurja una nostalgia por lo mágico, una búsqueda de profundidad. Salir de la depresión y el aburrimiento. Las reacciones espiritualistas. Desde las modas esotéricas hasta nuevas religiones y sistemas valorativos. La oportunidad de algo nuevo. Se trata de llenar el vacío creado por la reducción positivista de la vida a lo útil y práctico, a lo objetivo y cuantificable. Responder al asalto de la nada, a la acechanza de lo absurdo. Al *"verdadero aburrimiento"* que como dice Heidegger *"va rondando por las simas de la existencia como una silenciosa niebla y nivela a todas las cosas y a los hombres y a uno mismo en una extraña indiferencia"*. Imaginar utopías a partir de los valores socialistas. Hermosas

y viables. Un reto a la creatividad. Una tarea para intelectuales, artistas, políticos, para todos.

De todo lo anterior se deduce la diferencia entre los planteamientos de Tito Flores y los que he expuesto. Parte de ella se explica porque Tito no alcanzó a ver el conjunto de cambios en Europa oriental. No obstante, el sostenía una ilusión en la Cuba de Fidel Castro que yo hace tiempo abandoné.

Hay otros puntos en que no estoy de acuerdo. Me parece que sus juicios en torno a lo que se llama generación del 68 son demasiado moralistas e implacables. Poco humanos. Pretender explicar la inoperancia de la opción socialista en el Perú por la falta de compromiso y creatividad de los intelectuales me parece desproporcionado. Los intelectuales no suelen ser la locomotora de la historia. Menos ahora. Me parece que el socialismo –como quiera que lo imaginemos– no es una posibilidad inmediata en el Perú de hoy. Por ello pienso que la tarea de los socialistas es defender a la gente humilde –sin intransigencias pero con firmeza– y mantener vivos los valores socialistas.

Ser historiador en el Perú

Guillermo Rochabrún S.

“El futuro no está cerrado. Si doy esa impresión me corrijo ... si se quiere tener futuro, ahora más que antes, es necesario desprenderse del temor a la creatividad.”

Alberto Flores-Galindo

En **Reencontremos la Dimensión Utópica**, Alberto Flores-Galindo incluyó una frase invocada por él a menudo: *“este es un país antiguo”*. No tiene caso preguntarnos cómo la entendía, pero sí cabe reflexionar sobre el sentido que puede tener para nosotros, independientemente de nuestras concordancias o discrepancias con ella.